



LA MODA DE LA HISTORIA

ILUSTRACIÓN DE PABLO ESTÉVEZ. ¿Renovación efectiva de la forma de contar el pasado o bastardización efectista de una disciplina científica? El debate está abierto mientras la sociedad consume productos etiquetados como "historia" con una avidez impensada hasta poco tiempo atrás.

Desde hace unos años, la pericia de ciertos comunicadores sacó a la historia de los oscuros claustros donde los documentos conviven con el polvo y la puso en una gran vidriera, reluciente y a la vista de todos. History Channel, Discovery Channel y National Geographic exhiben documentales que analizan exhaustivamente las causas del ascenso y caída de las grandes civilizaciones y hasta se dan el lujo de revivir en 3D hasta el menor detalle de famosas batallas. Incluso la literatura y Hollywood han vuelto a beber de la inagotable fuente de la historia en busca de inspiración.

En nuestro país Jorge Lanata primero —con sus volúmenes *Argentinos*— y Felipe Pigna luego —con las ediciones y reediciones de su serie *Mitos de la Historia Argentina*, además de su vasta producción de material histórico en diversos formatos (TV, historietas, Internet, etc.)— hicieron que San Martín, Belgrano y Sarmiento hayan vuelto a estar en la mesa de las discusiones cotidianas, para gran disgusto de historiadores de renombre, que reprochan la forma en que estos irrespetuosos personajes presentan el pasado, atreviéndose a meter sus pies en aguas reservadas sólo para quienes hacen Historia con mayúsculas.

No es que los reclamos sean infundados. Después de todo, los expertos defienden sus metodologías de trabajo, la precisión científica de los archivos, la confiabilidad de sus fuentes, el oficio de historiador, pero si no fuera por estos "intrusos" quién sabe si alguna vez los jóvenes y la sociedad en general se habrían volcado hacia el pasado, interesados por lo que hasta hace poco eran tediosas e intachables figuras de bronce. Tal vez fue la propia disciplina histórica la que no logró adaptarse a los tiempos actuales y ahora protesta sobre un territorio que no supo conquistar.

Los cuestionamientos suelen venir de la mano de términos como "simplificación extrema"; es que los actuales formatos —sobre todo el televisivo— intentan contar 20 años de historia en una hora de programa, tanda publicitaria incluida, lo que obliga a suprimir hechos o acontecimientos sin los cuales un desenlace histórico no puede explicarse satisfactoriamente. La conclusión obvia es que lo que se muestra como auténtico es sólo la "verdad" del autor, que expone los hechos que él cree que son los importantes para explicar un suceso histórico. Otra consecuencia de esta hipersimplificación, es el reparto del elenco en sólo dos categorías: buenos y malos, con el agregado de que los primeros son extremadamente buenos y los segundos absolutamente malos. Algunos críticos van más allá y sostienen que muchas veces los acontecimientos son manipulados para que "encajen" con la ideología del autor. Y la precisión científica de los hechos históricos se diluye en el proceso.

Entre tanto, un público que, deslumbrado por el novedoso menú para consumir el pasado, compra sin cuestionar lo que los propios medios que producen, legitiman. Es que el revisionismo histórico en la Argentina existe desde fines del siglo XIX, pero sólo con la combinación de las nuevas tecnologías, los medios masivos y algunas audaces herramientas de marketing se produjo un boom que despierta gran cantidad de adeptos y pocos pero feroces críticos. Mientras la discusión continúa, en algún lugar del planeta, un chico enciende su PC y carga un juego que le permitirá controlar las fuerzas militares de 100 batallas históricas en un recorrido por 700 años de la humanidad.



FELIPE PIGNA

HISTORIADOR TODO TERRENO

ENTREVISTA DE SEBASTIÁN CANTONI. FOTOS DE SEBASTIÁN CASARELLI RE. La historia oficial, la oculta, las formas de contarlas, el aprovechamiento de todas las tecnologías y formatos, los cuestionamientos encarnizados y otras aristas en esta charla con el historiador multi-mediático del país, el que logró hacer masivo el revisionismo del pasado argentino.

Felipe Pigna sale a través de un portón gris, saluda cordialmente y subimos al estudio. En el camino, una reproducción enmarcada del Acta de Declaración de la Independencia, una estatuilla de Martín Fierro y un retrato del Negro Fontanarrosa. En el aire, la influencia de la historia emanada por cientos de libros; y en el medio de esa extensa biblioteca, un cartelito rojo que rompe la monotonía. Dice en inglés "Peligro, minas") y fue traído de Islas Malvinas.

El encuentro es informal, distendido, como en una charla de conocidos, aunque recién nos presentamos. La inflexión con que habla es la que usa habitualmente en su forma de presentar la historia, que lo diferencia de la mayoría de sus colegas, y que a través de libros, radio, TV y DVD y comics hizo del pasado argentino un terreno de encuentro y debate para miles de contemporáneos.

—¿Cuándo fue el punto de inflexión en el que sentiste que había que cambiar el modo de contar la historia?

—No sólo de contarla, sino también de trabajarla; porque todo discurso es producto de trabajo, y la función del historiador no es narrar como una crónica lo que pasó, sino interpretar. Fue en el año 73, durante la secundaria, cuando ya percibía que nos estaban contando una historia que no tenía nada que ver con la nuestra, en un momento que la historia se hacía presente mucho por la política, por la vuelta de Perón, por como eran los secundarios en aquel momento, de mucha militancia. Y más adelante, ya empezando a trabajar como docente, me di cuenta la forma en que se es-

SOCIALIZAR LA HISTORIA, PERO EXPLICANDO

POR MÓNICA GORDILLO*

tructuraba la historia, el modo en que ese discurso estaba absolutamente vinculado al discurso político actual, como justificación absoluta del presente en todos sus aspectos. Cosas obvias no eran dichas. Y dije "Bueno, vamos a trabajar con lo obvio también. Algo pasa que la gente no se entera de esta obviedad". Me acordaba de Umberto Eco, que analiza lo que llama "la naturalización de la obviedad": te vas acostumbrando a que hay miseria, hay pobreza, hay injusticia, hay corrupción... Es decir: es obvio pero no se trabaja sobre eso. Y la historia argentina es injusticia atrasada. Basta ver los niveles de pobreza y de analfabetismo que tuvo Argentina por más de casi dos siglos.

—¿Podrías marcar a algún autor que te haya abierto la cabeza más que otro, dentro de la historia?

— Yo creo que un consejo sabio es leer mucho y de las variadas ideologías con que se nos presenta la historia. Uno apunta humilde a la tolerancia, en cuanto a las lecturas. Lo que no significa que uno deba ser un débil, ideológicamente hablando. Creo que un tipo muy interesante es Milciades Peña, un autor olvidado, prohibido, un autor de la izquierda marxista. Y otro es Tulio Halperín Donghi, con una mirada liberal-progresista, podríamos decir, si existiera el término en Argentina, porque por lo general no van de la mano. José María Rosa, Abelardo Ramos, en una menor proporción, pero creo que fueron muy importantes en mi formación. José Luis Romero, gran historiador de las ideas. Y bueno, Ricardo Levene, que es el padre de la historiografía liberal. Igual que (Bar

Estoy convencida de la importancia de la divulgación a nivel masivo del conocimiento histórico. Creo que es necesario socializar la historia, porque hace a la identidad de los pueblos y también a su madurez: si uno no conoce su pasado, muy difícilmente pueda crecer como sociedad. Por ejemplo, por no saber lo que ha ocurrido mucha gente cree que los intentos re-fundacionales de muchos políticos son realmente novedosos, cuando generalmente no lo son, y se suma a una especie de euforia colectiva que pronto se desvanece, terminando en desilusión.

Pero creo que a esa divulgación la tiene que hacer la gente que produce conocimiento histórico. Porque no es lo mismo ser historiador que estudiar historia. No alcanza con leer algunos libros y ponerse a opinar, porque se pueden dar versiones muy simplificadas que no alcancen la complejidad que significa construir el conocimiento histórico. Cuando el historiador accede directamente a los archivos y a la conceptualización, ve todas las variables, la trama que hay en torno a un determinado acontecimiento, que en general esas versiones simplificadas no tienen en cuenta.

Los programas de TV sobre historia que se han puesto de moda son maneras de acercar la gente a la historia, que tal vez de otra forma no se lograría. Muchos me dijeron "Por lo menos muchos chicos de secundaria se sientan a ver un programa de tele y algo más de historia saben". ¿Pero qué más saben? A lo mejor efectivamente se informan de algunos datos, como que en las invasiones inglesas la resistencia tiró agua y no aceite. Pero eso no es saber historia; tener datos sueltos no es comprender un proceso. ¿Ese dato sirve para comprender por qué se produjeron las invasiones, cuáles eran los proyectos y actores en pugna? No. Ese tipo de relatos carecen de la intención de explicar.

También me dicen "Pero ese dato puede ser una entrada para que se interesen más". Y yo contesto sí. Pero se van a interesar por comprar los libros relacionados con ese programa. Se formatea la cabeza con determinados preconceptos que son más perjudiciales que no conocer nada, porque después hay que hacer todo un trabajo de explicar que eso no es la historia.

Por otra parte, no sé si la historia está de moda, al menos como yo la concibo. Sí hay una búsqueda de retrotraerse a relatos del pasado para evadirse de un presente donde no se ven horizontes de futuro. Están de moda los relatos de ficción de personajes heroicos, algo muy relacionado con buscar en el pasado figuras que aparezcan asumiendo liderazgos o actitudes heroicas que en el presente no se encuentran.

Sin embargo a mí me preocupan los efectos políticos que ciertos relatos simplificados sobre el pasado producen en las generaciones jóvenes. Creo que esos efectos pueden ser totalmente perniciosos, porque si la historia es una lucha entre buenos y malos —tal como la muestra, por ejemplo, *Algo habrán hecho*— sin tener en cuenta los intereses, los proyectos que cada uno representa como sujeto social, ¿qué lugar le cabe a la acción colectiva? ¿cuáles son las posibilidades de modificar un curso de acción si la historia se repite siempre? Esta idea, así como la de una lucha entre buenos y malos son presupuestos totalmente contrarios a una conciencia histórica que —sin caer en determinismos—

considera que los comportamientos deben ser siempre situados en su tiempo y lugar, considerando su especificidad para observar continuidades pero también rupturas y, sobre todo, poder comprenderlos. En cambio, las ideas simplificadoras sobre el pasado tienen consecuencias también simplificadoras sobre el presente, transponiendo en él, por ejemplo, la apuesta a liderazgos personalistas como los legítimos conductores y hacedores de la historia; y llevan a no preocuparse por la construcción social y, en cambio, se acepta con resignación que somos un país condenado y que, por tanto, no hay nada que hacer. Ante esa falsa certeza, las posibilidades de actuar se reducen totalmente: si siempre un malo va a frustrar los planes, si siempre va a estar el imperalismo actuando, ¿qué lugar le queda a la acción social para transformar las cosas?

Pensar que hay algo inmutable, como una naturaleza de los argentinos, es contrario a un pensamiento histórico. Y eso tiene bastantes efectos negativos en la cultura política, porque presenta una realidad dicotómica sin lugar para los grises, sin lugar para pensar en las constricciones y posibilidades propias de cada tiempo.

En cambio la historia debiera ser como el psicoanálisis de la sociedad: no juzgar sino mostrar los síntomas buscando comprender la génesis de los mismos. La historia tiene que servir para eso: para comprender las respuestas sociales y reconocer sus legados en el presente.

El desafío es entonces acercar la historia a públicos masivos, saliendo del nivel académico sin perder la profundidad y complejidad propias de la realidad, explicando procesos, hablando de actores políticos —y no simplemente de héroes y villanos— pero, fundamentalmente, no sólo aportando datos sino ayudando a construir una *mirada histórica* que nos permita situarnos en el presente.

(*) Doctora en Historia, Ex Vicedecana de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC, Investigadora Independiente del CONICET; profesora por concurso en "Historia Argentina Contemporánea" e "Historia Argentina II" en la UNC.





tolomé) Mitre en sus historias de Belgrano y San Martín.

ESTILIZADO Y REFORMATEADO

Recorriendo la biblioteca de Pigna, aparecen todos sus historiadores referentes, pero también autores literarios, como Borges, Arlt, Cortázar, González Tuñón y Marechal, que el historiador reconoce leer mucho cuando no trabaja, y que se pueden ver reflejados en la fusión de estilos y modos de narrar que contiene su obra.

–En tu escritura de la historia mezclás un poquito con lo literario...

–Le pongo un poco de vuelo metafórico a algunas cosas que no se llevan de patadas con hablar de historia. Para mí el texto debe ser agradable al lector, no tiene porque ser duro, como muchos textos de historia que desalientan la lectura. Me permito más ese tipo de cosas en algunos personajes, pero nunca me arrogo la facultad de médium. Lo que hago es hablar de lo que nuestros antepasados hicieron para que las cosas no fueran como fueron después. Por ejemplo: resaltar el carácter democrático de San Martín en su plan de disciplina del Ejército de los Andes, donde dice que un militar jamás puede torturar a un ciudadano. Uno lo hace porque son cosas que cobran actualidad después.

Otra preocupación clara de Pigna es adaptar correctamente los contenidos al lenguaje propio de cada medio en el que aborda la revisión de la historia.

–¿Cómo haces para que el discurso no pierda calidad al adaptarse a tal variedad de formatos?

–A cada formato hay que respetarlo y darle el contenido que merece. Hay que sentarse con la gente del medio que vas usar. Cuando comencé la colección de historietas sobre grandes personajes históricos, por ejemplo, llamé a un equipo de guionistas y dibujantes de historietas. Porque yo quería un verdadero guión de historieta, no la mera transposición de los textos, sino con diálogo, dinámica, acción, lo que tiene que tener una historieta, que es un género que me merece todo el respeto, es un género

FALSAS SEMEJANZAS

POR CÉSAR TCACH*

34

La mirada de la historia tiene una relación muy estrecha y muy compleja con la política. La memoria, entendida como los recuerdos sociales del pasado, está influenciada y condicionada por los valores y los intereses del presente. Hoy puede constarse casi a diario cómo la política recurre a la historia con un mecanismo de falsas semejanzas que permite descalificar al adversario y legitimar el propio discurso y la propia posición.

A ese procedimiento lo utiliza tanto el gobierno como la oposición. Y apelan a él desde el lado conservador, de la historiografía tradicional, pero también la historia supuestamente progresista. A veces genuinamente, por no tratarse de historiadores profesionales; pero resulta inadmisibles que eso se haga en un régimen democrático, que tiene como principio operativo el reconocimiento de la legitimidad de las diferencias.

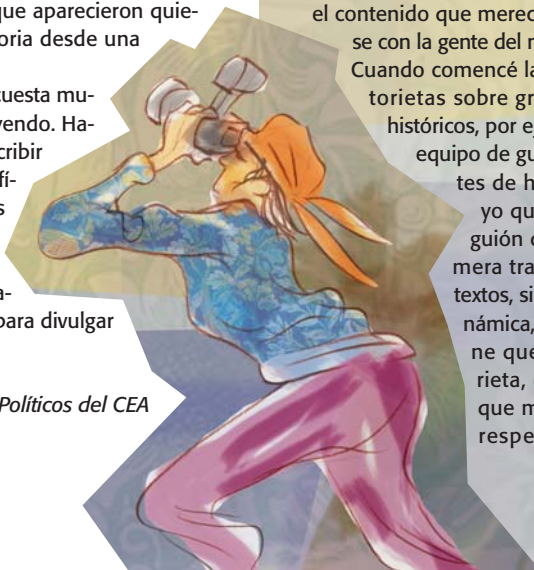
Está pasando algo similar a lo que ocurría en los 60 y 70: la historiografía progresista criticaba a la historia fáctica por estar basada en una suma de datos, fechas, etc., pero finalmente realizaba operaciones análogas con temas distintos.

Hay una pérdida del sentido específico que tienen los acontecimientos históricos en un marco determinado.

Pero yo me resisto a una crítica virulenta y genéricamente descalificadora de los historiadores mediáticos. Porque, pese a los errores que cometen, cumplen una función muy importante desde el punto de vista de la divulgación de la historia. Hay mucha gente que no se interesaba por la historia hasta que aparecieron quienes permitieron a sectores populares acercarse a la historia desde una mirada progresista.

En la contracara, al historiador profesional, académico, le cuesta mucho llevar a nivel masivo el conocimiento que va construyendo. Habitado a escribir papers científicos, no le resulta fácil escribir en un lenguaje de difusión. Y muchas veces escribe en difícil por la ingenua creencia de que pueden ser percibidos como intelectuales más sofisticados por escribir así. Y además, desde el punto de vista del currículum, de cara a la obtención de subsidios, becas, etc., los artículos de divulgación casi no se tienen en cuenta. Entonces los incentivos para divulgar la historia fuera de los claustros son débiles.

(*) Doctor en Historia, Director de la Maestría en Partidos Políticos del CEA de la UNC e investigador del CONICET.



REFORMA, CORDOBAZO Y DESPUÉS

Rememorando hitos de la historia sucedidos en Córdoba, Felipe Pigna cita la obra jesuítica, la Reforma Universitaria de 1918 y el Cordobazo. Para él, la Reforma es un hecho que se repite 51 años después con el Cordobazo, hecho que considera muy diferente al Mayo Francés del año anterior, aunque muchos lo emparenten:

–El Mayo Francés es un movimiento protagonicamente estudiantil con apoyo obrero, y el Cordobazo es un hecho claramente obrero con apoyo estudiantil. Esa diferencia sustancial habla de la profundidad y perdurabilidad del Cordobazo. Lo de Francia fue una gran manifestación contracultural, pero en los hechos políticos no cambió en nada la historia de ese país. El Cordobazo, en cambio, cambió la historia argentina: se acabó Onganía y nació una forma de hacer política a través de la violencia. Que se dio en una Córdoba muy particular, distinta al resto del país por su

formación obrera post peronista, con gremios peronistas y no peronistas que confluyeron en esa movilización antidictatorial. E iba más allá de Onganía, era pedir un cambio radical, en el mejor sentido del término (risas).

–¿Y el Víborazo? No se habla mucho sobre ese hecho histórico...

–Ocurre en el '71, ya con Levingston como presidente de facto. La idea era responderle al gobernador José Camilo Uriburu, que decía que "le encantaría que los subversivos de Córdoba fueran una víbora para poder cortarle de raíz la cabeza y terminar con la subversión". Entonces se le responde con el típico humor cordobés: con el Víborazo, que fue el segundo Cordobazo, más fuerte todavía que el primero, determinante porque no queda otra que Lanusse asuma el poder, en todo el sentido del término, y que llame a elecciones.

mayor. Pensemos, por ejemplo, en El Eternauta, ¿qué tiene de menor?

CRÍTICA PODEROSA

"Falta que saque los muñequitos de Belgrano y San Martín al estilo de 100% lucha", me dijo un amigo académico que no congenia con el trabajo de Pigna, por su acaparamiento de medios y formatos.

–¿Por qué crees que algunos colegas toman con poco agrado el hecho de que hayas masificado la historia argentina a través de lo escrito, la radio, la televisión, etcétera?

–Me importa muy poco la crítica infundamentada. Cuando las críticas vienen de la envidia, de la mala onda, de diferencias ideológicas insalvables, ya no son críticas sino descalificaciones, entonces no vale la pena darles importancia. La crítica que sí vale es la que apunta a corregir cuestiones, a mejorar. Por lo demás, que nosotros hayamos llevado a Telefé con 20 puntos de rating temas que la historia argentina jamás trató en televisión, como el anarquismo del movimiento obrero de los años 20, y que le hayamos puesto al programa *Algo habrán hecho*, son cosas que el poder no perdona. Entonces reacciona descalificando.

–¿Considerás que muchas de esas críticas no tienen fundamento?

–Sí, porque no tienen idea de mi obra, suponen. Lo constato cuando me los cruzo en algún congreso. Pasa algo similar con algunos suplementos literarios de los diarios de Buenos Aires, que me ignoran por comple-



to. Me ponen en la lista del ranking de los más vendidos porque no tienen más remedio, pero jamás van a criticar un libro mío o hablar de mí, salvo para una descalificación. Y cuando me los cruzo en un estreno, en una presentación de un libro me dicen "No, lo que pasa es que hay mucho prejuicio con tu obra". "Y bueno, es un problema de ustedes", les digo.

–¿El prejuicio surge por la exposición mediática de tu tarea?

–Sí, como soy una persona de los medios, mi obra no puede ser de calidad, y como

el pueblo es boludo y la gente es boluda, compra boludeces. Es un concepto elitista y oligárquico, ¿no? Si lo lee mucha gente, es malo.

Felipe asegura que la importancia sigue estando en el lector, en la gente despreciada por esos suplementos y que llega a sus libros por diversos caminos. En una cosa coincido: el lector no se equivoca. En la soledad de su hogar, cada uno aborda la obra, la analiza, la sugiere y la comenta en su círculo cercano. O la cierra y la hace dormir en su repisa, sin volver a tocarla nunca más.

